

# República mutante

Jaime Alfonso Sandoval



# REPÚBLICA MUTANTE

República mutante

Primera edición: noviembre de 2002

Primera edición en Perú: diciembre de 2013

Segunda reimpresión: febrero de 2019

Coordinación editorial: Laura Lecuona

Imagen de portada: Carlos Vargas

Diseño de portada y diagramación: Marina Mejía

© del texto: Jaime Alfonso Sandoval, 2002

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C., 2013

Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú

Teléfono: (511) 614 8900

contacto@sm.com.pe

www.sm.com.pe

www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / Printed in Peru

Impreso por Gráfica Esbelia Quijano S. R. L.

Jr. Recuay 255, Urb. Chacra Colorada, Breña, Lima, Perú

Tiraje: 500 ejemplares

ISBN: 978-612-316-077-7

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú: 2019-01289

Registro de Proyecto Editorial: 31501311900089

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.



# REPÚBLICA MUTANTE

JAIME ALFONSO SANDOVAL





## Aire de familia

ESTE no es un libro que sirva de ejemplo para nadie: no hay grandes moralejas, no se defienden valores universales ni se revelan soluciones para encontrar la paz en el mundo ni nada así. Este es un libro sobre personas desagradables, y en particular sobre una familia bastante horripilante: la familia Topete Ruiz, mi familia.

Esa es la verdad, somos tan repelentes que incluso destacamos en nuestro barrio, que ya es famoso por sus miles de problemas. Para hacerse una idea sobre la colonia Mártires Aztecas (Iztapalapa), es necesario imaginar esas películas apocalípticas, cuando ha terminado la Tercera Guerra Mundial y las calles están cubiertas de chatarra, montones de basura y mutantes arrastrándose por la acera. Uno de estos seres reptiloides vive en la puerta de mi edificio; es un hombre de nariz de brócoli que montó su vivienda en las escaleras de acceso. Al borrachín (o “dipsómano”, como pide mi madre que lo llamemos porque suena más respetuoso) se le considera el portero, aunque sinceramente dudo de sus capacidades desde que lo vi sorbiendo agua de las mechas del trapeador.

Mi edificio debe de ser un alarde de diseño arquitectónico, porque en solo diez departamentos de dimensiones más bien moleculares cabemos un centenar de personas, de todos los estados y razas del país (a veces me siento viviendo en las oficinas de la ONU en Nueva York). Incluso en uno de los

antiguos depósitos de agua vive una familia de chinos que por algún error de cálculo llegaron a la ciudad de México en lugar de San Francisco, California. Mi padre dice que es muy estimulante tener vecinos internacionales para el intercambio cultural. Eso es realmente cierto: mi hermana Flora y yo aprendimos a decir groserías en mandarín, que por pudor no puedo repetir aquí.

A pesar de todo, la gente de nuestro barrio es buena, incluso el señor del departamento seis, que acaba de aparecer en la contraportada de un periódico por haber robado una pastelería de la colonia Portales para la fiesta de quince años de su hija (aunque fue un fracaso como ladrón, ya que, por equivocación, se robó uno de esos pasteles de yeso que ponen en los escaparates).

Pero sin presumir, nosotros somos los vecinos más renombrados, y si alguien escucha las palabras “familia Topete Ruiz”, de inmediato se le erizará el cabello y hará la señal de la cruz. Así de impresionados están de conocernos. Y no es que seamos malos, no, lo que pasa es que somos propensos a meternos en ciertos líos; digamos que tenemos un talento especial para ello.

Creo que ya es tiempo de las presentaciones. Empezaré con mi madre, que es la que parece más normal de todos. Estoy seguro de que si su rostro apareciera en las cajas de cereal la gente se pondría gordísima de tanto comer hojuelas. Es la encarnación de la salud, y es que da mucha confianza con su piel sonrosada y mejillas esponjositas. A su lado, uno cree que todo saldrá bien. En realidad es tan segura como un enchufe eléctrico en medio de la lluvia.

Mi madre es una mezcla de enfermera y superhéroe frustrado. Le encanta ayudar, incluso a quien no lo necesita. Una vez le dio por recoger a todos los gatos vagabundos de la calle. Fue un gesto bonito pero poco práctico: a los dos días estábamos cubiertos de pulgas y arañazos, algunos de los bichos despedazaron los muebles de la sala y otros se comieron mis tenis Nike de imitación. Descubrimos que su actitud demoníaca

no era normal cuando los felinos comenzaron a convulsionarse sospechosamente.

El servicio antirrábico puso al edificio en cuarentena y todos (incluidos los chinos) tuvimos que ser inyectados en el ombligo y la espalda. Nadie se enfermó, aunque por alguna extraña razón mi hermana Flora fue la única que desarrolló la tiña. Perdió el cabello, y aunque le volvió a crecer, una pequeña zona quedó completamente lisa, ideal para hacer bailar un trompo. A ella no le hace tanta gracia y se cubre su calva de cura con una gorra de beisbol que no se quita ni para bañarse.

—Me he desgraciado para toda la vida... ¡Nunca me voy a casar después de esto! —dijo, como si se hubiera quedado convertida en un hare krishna renegado.

Sinceramente no sé por qué se molestó Flora, si a ella le gusta todo lo raro, horroroso, repugnante y nauseabundo... Es así desde que la conozco, o sea, desde los nueve meses que pasamos juntos en el vientre de mi madre. Somos mellizos, aunque no gemelos, que conste. ¡Por suerte!: así no tengo que compartir su cuerpo flaco de línea de carretera ni sus filosos dientecillos de leche o los ojos de extraterrestre (a veces creo que es uno). Pero lo más notorio de Flora es su pesimismo; si este fuera religión ella sería canonizada por su actitud fanática. Tiene un gran olfato para las desgracias y no hay cosa que disfrute más que pronosticar desastres y leer la nota roja del periódico. Nostradamus es prácticamente su gurú. Dice que no tiene por qué estudiar o esforzarse demasiado, ya que finalmente se va a acabar el mundo muy pronto. El fin puede llegar en cualquier momento: mientras vamos por el pan o caminamos rumbo a la escuela, de pronto, ¡plaf!, seremos pulverizados por un cometa miope y, así sin más, ya no estaremos, como cuando se le va la señal a la tele.

Yo soy más maduro que ella a pesar de que soy más joven (por seis minutos, que en este caso son un abismo), aunque evidentemente también tengo catorce años. Me llevo relativamente bien con Flora, pero separados nos llevamos todavía mejor. Soy un chico normal y hago travesuras normales



(llevar alacranes a la escuela, hacer llorar a la profesora de inglés y esas cosas que hacen todos los chicos). Como seña de identidad tengo un lunar peludo en la nuca, pero no me disgusta; al contrario, creo que me da personalidad, cierto aire interesante, digo yo. Mi madre dice que los pelos vienen por parte de un bisabuelo que trabajó como hombre mono en un circo de Yucatán. A veces me da tristeza no haber heredado todos los pelos de mi ancestro, pues habría hecho una maravillosa carrera en la televisión y hasta en el cine, quién sabe.

También tengo varias colecciones, como bichos disecados y costras de cicatrices. Hasta ahora tengo ciento seis costras: algunas mías y otras de Flora o de mis conocidos (la mejor es la de la operación de apéndice de mi primo Félix). Quiero alcanzar la marca de mil costras, aún no sé por qué; supongo que porque me apetece. Las colecciones son una costumbre familiar. Mi madre tiene como cien tarros de mermelada y quinientos rollos de papel de baño vacíos (para usar en trabajos escolares, asegura, aunque hasta ahora no nos han pedido ni uno en la escuela).

Pero ni mi madre, ni Flora, ni yo mismo podemos superar al verdadero rey de la casa. Ni aunque unamos nuestros desastres y rarezas, jamás igualaremos a Pepe Topete, mi padre, nuestro ejemplo a seguir.

Con casi dos metros de estatura y mirada húmeda de perrito laborioso, mi padre es una fuerza de la naturaleza sin control, es una gigantesca máquina que trabaja sin descanso para mejorar el mundo. Ha sido inventor, bombero, vigilante del zoológico (aunque lo corrieron porque dejó escapar a todas las guacamayas); trabajó como policía de seguridad, criador de avestruces, promotor deportivo, e incluso alguna vez fue danzante azteca (por desgracia lo despidieron cuando abofeteó a un turista noruego que se burló de él). Y hasta hace poco trabajaba como pintor.

Bueno, en realidad era pintor de brocha gorda: pintaba calles durante la noche, hacía el trazo de los pasos de cebra

en las esquinas y las divisiones del pavimento con rayas continuas y símbolos de “No estacionarse”. A mi padre se le hacía el mejor trabajo del mundo, muy poético, a la luz de la luna; hasta solía cantar ópera de tan contento que estaba. El problema del trabajo fue que no obedecía a sus jefes. “Nadie le dice a un artista qué es lo que tiene que pintar”, aseguraba con una fortísima vocación que hubiera envidiado el mismo Leonardo Da Vinci.

Además, como todo creador, a veces sufría “bloqueos creativos”, y en cierta ocasión se negó a hacer señalizaciones en la Avenida de los Insurgentes porque le parecieron antiestéticas. En cambio otra noche le asaltó la inspiración: inventó nuevos signos y propuso el plan de usar el pavimento como un enorme pizarrón ciudadano.

—Así cualquiera podrá escribir lo que quiera —aseguró—. Las calles de esta inmensa ciudad, además de transportar, servirán como un gran medio de comunicación.

Mi padre tenía el plan de cubrir las calles con pintura especial para que las personas escribieran mensajes sobre ellas; así podrían compartir todo lo que quisieran: citas filosóficas, poemas, recetas de cocina para hacer mole verde o hasta anuncios de personas en busca de pareja.

—Pepe, querido, ¿no crees que es muy peligroso? —observó prudentemente mi madre—. La gente podría morir arrollada mientras escribe su nota a media calle.

—¡Pero, Aurelia, qué negativa eres! —replicó ofendido mi padre—. Con ese pensamiento el mundo jamás progresará.

Seguramente los jefes del Departamento de Tránsito y Vialidad tampoco querían un mundo mejor, porque opinaron lo mismo que mi madre. Y así, después de tener otro chispazo de inspiración, llegó el día fatal.



## Pintura nutricia

ERA sábado por la mañana. Vimos llegar a mi padre con mal aspecto. Parecía un rascacielos después de un terremoto; sus húmedos ojos de ciruela resplandecían con un brillo iracundo.

—Me han echado del trabajo... —resopló.

Aunque no era ciertamente una sorpresa, la noticia nos cayó en la cabeza como una bomba atómica de cincuenta kilotonnes, sobre todo porque mi madre necesitaba comprar una nueva lavadora (la que tenía le daba una descarga de quinientos voltios cada vez que la utilizaba) y Flora había pedido la suscripción a la enciclopedia de los asesinos más sanguinarios del último siglo.

—¿Estás seguro, querido? —preguntó mi madre esperanzada—. Pueden haberse equivocado, tú eres muy trabajador.

—Hubo un problema con la pintura comestible... —comentó de forma lúgubre.

Aquí debo hacer una pequeña aclaración: el último invento de mi padre había sido elaborar la fórmula de una pintura que sirviera de alimento para los perros callejeros (y en general para cualquiera al que le faltasen vitaminas). Solo era necesario lamer las señales del asfalto para obtener los nutrientes necesarios. En las primeras pruebas los perros habían sufrido diarreas, pero mi padre logró contrarrestarlas con otros químicos, aunque eso retardaba el secado de la pintura.

—Pero no la habrás aplicado, ¿verdad? —preguntó mi madre con temor—. Habías prometido no usarla hasta que estuviera lista.

—Bueno, tenía que hacer unas pruebas —admitió mi padre—. Miren, ha salido una nota en el periódico.

Colocó sobre la mesa un diario con enorme titular de espectaculares letras que decía: “Caos, destrucción y terror en la Calzada de Tlalpan”.

Flora, la especialista en nota roja, leyó el reportaje con siniestra voz de locutor radiofónico. El periódico no decía absolutamente nada sobre las propiedades nutricias de la pintura, y más bien hacía hincapié en la “extraña y aceitosa pasta que convirtió Tlalpan en una pista de patinaje al mejor estilo de Holiday on Ice”. Había ocasionado varias colisiones, diecisiete abolladuras de autos, e incluso se afirmaba que un motorista se rompió una pierna.

—Bueno, es que esos motoristas manejan tan mal... —observó mi madre.

—Eso es lo que les dije —señaló mi padre—. Tampoco me pueden culpar de todo.

—Por lo menos tienes el dinero de la liquidación, ¿no, papá? —preguntó Flora, que seguramente seguía preocupada por su enciclopedia de asesinos.

Mi padre entrelazó sus manazas y movió los regordetes dedos de forma nerviosa.

—Bueno, he tenido que pagar algunas abolladuras, reponer un puesto de revistas destruido y pagarle al motorista el yeso.

—Así que estamos en la miseria —dijo Flora, resumiendo estupendamente nuestra situación.

Empecé a oír tristesísimos violines a nuestro alrededor y en mi cabeza surgió la imagen de la familia hambrienta con pañuelos en la cabeza llegando a la isla de la Estatua de la Libertad (no sé por qué me vino eso a la mente, supongo que por los vicios del cine).

—Pero tampoco hay que ponerse tan negativos —dijo mi padre mostrando una enorme sonrisa, larga y

quebrada como la Sierra Madre Occidental—. Tampoco este era el único trabajo de la ciudad... El mundo está allá afuera, listo para ser conquistado.

A mi padre no hay nada que lo desanime. Desde que lo conozco su optimismo ha demostrado ser a prueba de holocaustos, aunque muchas veces he llegado a pensar que los holocaustos son causados precisamente por su desmesurado optimismo.

Y así, esa mañana compró todos los periódicos y seleccionó los anuncios de empleo que le parecieron dignos de su atención. Tenía un ojo entrenado para descubrir cosas que nadie sospecharía que se anunciaran en un diario mínimamente serio.

—¡Mira, Aurelia: esto es fabuloso!

Le mostró emocionado a mi madre lo que había encontrado. Era un pequeño recuadro que decía: “Venta aceite de nutria y hágase millonario”.

—¿Para qué diablos quiere la gente aceite de nutria? —preguntó mi madre, absolutamente confundida.

—Aquí dicen que es bueno para los callos.

—La verdad, no me parece cosa seria, querido —masculló mi madre con su proverbial desconfianza—. Deberías buscar un trabajo más estable.

—¿Como qué?

—Pues no sé, en un banco o algo así... Tú tienes mucha presencia, Pepe; con tu estatura y eso, a lo mejor...

—Tú bien sabes que de oficinista nada —exclamó mi padre profundamente ofendido—. Jamás en mi vida me he puesto una corbata, y no me encadenaré tras un escritorio; lo siento, pero eso va contra mi naturaleza —afirmó enfáticamente, para después remarcar con voz de orador—: Yo soy un auténtico espíritu libre.

Mi padre estaba convencido de que los auténticos espíritus libres, como él, solo podían trabajar en descampado y, de ser posible, en contacto con los animales silvestres y corriendo entre los bosques como unos faunos.

—Además las nutrias son unos bichos muy inteligentes —aseguró.

—Pero, Pepe, me prometiste que nada de pócimas: recuerda el-asunto-del-tónico.

Todos nos miramos con escalofrío. Cuando mi madre quería callar a mi padre, solo decía las palabras “el-asunto-del-tónico”, y eso bastaba para que una ola de vergüenza inundara a la familia.

El-asunto-del-tónico fue terrorífico. Mi padre, buscando reunir dinero para unas vacaciones en Acapulco en Semana Santa, empezó a fabricar un tónico estimulante cerebral, que vendía a muy buen precio a ciertas farmacias naturistas. Aunque mi padre nos había prohibido probarlo, mi madre no vio nada malo en tonificar a sus propios hijos, y nos daba grandes dosis del jarabe antes de ir a la escuela para que se nos quedaran más fácilmente los conocimientos.

No sé si en realidad servía el tónico, pero ciertamente nos sentíamos mucho mejor, más relajados y de excelente humor. Hasta que cierto día, en plena ceremonia escolar, Flora dio un trastabilleo y se estrelló contra el piso. Al levantarla, una profesora olió el penetrante aroma del tónico. Mi hermana no pudo explicar nada, las palabras se le hacían un nudo ciego en la base de la lengua.

—¡Esta niña está borracha! —chilló la profesora.

Entonces se descubrió que el famoso tónico era en verdad ginebra con miel y colorante, para consternación de mi madre, que sin querer nos había orillado al vicio.

Mi padre estaba molesto, no tanto porque lo hubiera desobedecido, sino porque debía cancelar su negocio ahora que estaba floreciendo y tenía varios pedidos para Michoacán y Jalisco.

—¿Pero quieres hacer alcohólicos a todos los niños del país? —preguntó en esa ocasión mi madre, llorando histéricamente.

Mi padre reconoció que no era para niños, sino para ancianos y gente muy cansada.

—De todos modos no tienes derecho de promover el alcoholismo a ninguna edad —reclamó mi madre.

Al final mi padre entró en razón y cerró la fábrica. Tuvo que

desechar los trescientos frascos de tónico cerebral que sobraban (en realidad se los bebieron en la fiesta de cumpleaños de mi tío Samuel).

Con todos estos antecedentes, mi padre decidió que no entraría al negocio del aceite de nutria. Y durante el resto del día siguió leyendo los anuncios de empleo. No era fácil: en algunos pedían conocimientos que no tenía (aunque él asegura que cualquier cosa se aprende en una semana); para otros trabajos era demasiado viejo, y en algunos ni siquiera aplicaba (como en un anuncio que pedía porristas para un equipo de fútbol). Finalmente encontró el empleo que se acomodaba a sus necesidades.

El anuncio decía escuetamente:

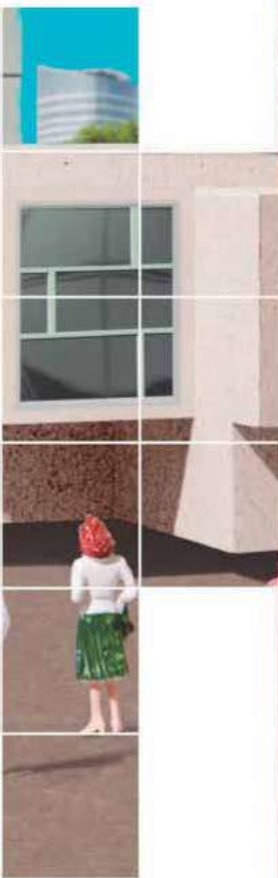
Empresa trasnacional solicita gente visionaria para ventas personalizadas en el exterior. Productos del Nuevo Milenio. Sueldo base más comisiones. No importa edad ni experiencia. Disponibilidad para viajes.

Sonaba algo decente, y hasta mi madre reconoció que parecía serio, sobre todo porque decía “empresa trasnacional”. Así pues, planchó el único traje de mi padre y lo envió a la entrevista de trabajo con la esperanza de que la familia regresara a lo que en nuestra bárbara inocencia llamamos “normalidad”.









ISBN: 978-612-316-077-7



Hecho en el Perú

*Los Topete son todo un caso: un inventor y revolucionario a prueba de fracasos, un ama de casa toda buenas intenciones (que no se concretan), una niña amante de lo tétrico y un coleccionista de costras componen esta familia... singular, por así decirlo, que busca salir de un barrio asfixiante de la ciudad de México para hallar una vida mejor. Y parece que van a conseguirlo: les ha llegado la oportunidad de mudarse a Pangea, país de reciente creación que busca pobladores afanosamente, pero que esconde más que progreso y felicidad para quienes, como los Topete, se atreven a habitarlo.*

**JAIME ALFONSO SANDOVAL** (San Luis Potosí, 1972) estudió cine. Descubrió su vocación literaria con *El Club de la Salamandra*, novela por la que obtuvo el premio Gran Angular de 1997. En 2001 volvió a alzarse con el galardón gracias la presente obra. Ha escrito, entre otros libros, *Murmullos bajo mi cama*, *La Ciudad de las Esfinges* y *Fantasma, espectros y otros trapos sucios*. Recién ha publicado *Las dos muertes de Lina Posada*, primera parte de una ambiciosa saga.

